

A treinta años del martirio de nuestros compañeros jesuitas y sus dos colaboradoras*

Card. Michael Czerny, S. J.
Subsecretario, Sección Migrantes y Refugiados
Dicasterio para el Servicio del
Desarrollo Humano Integral, Roma

Este escrito hace una hermenéutica del asesinato de seis jesuitas y dos de sus colaboradoras, acaecido el 16 de noviembre de 1989, en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA), en San Salvador, El Salvador, a treinta años de dicho acontecimiento. Esta lectura, hecha desde la tradición de la Iglesia y las enseñanzas del papa Francisco, invita al lector a hacer un itinerario de cinco pasos, que concluye con la afirmación de que el mártir es un educador en la fe y un modelo de vida cristiana¹.

Introducción: el itinerario del martirio

Les invito a recorrer un itinerario en cinco pasos. Después de haber escuchado *las primeras voces sobre el martirio*, reconocemos al mártir como un *testigo consciente de Jesús*.

A propósito de este reconocimiento, podemos hacernos dos preguntas: *¿existen nuevas formas de martirio en la actualidad?* y *¿puede una sociedad confesionalmente cristiana mostrar odio a la fe?* Enseguida clarificamos que *el mártir no es un héroe, ni un revolucionario, ni una simple víctima del sistema*, y concluimos reconociendo que *el mártir es maestro y formador del pueblo de Dios*.

* Conferencia leída en la UCA, el 15 de noviembre de 2019, en la conmemoración de los 30 años de sus mártires.

1. Algunas ideas sobre el martirio se encuentran en D. López, “Monseñor Romero, ¿mártir? Análisis del concepto de *mártir* y sus implicaciones para la consideración del martirio de monseñor Romero”, *Akados* 18 (2013), 27-52.

1. Las primeras voces sobre el martirio

Cuando Ignacio Martín-Baró, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Amando López, Julia Elba y Celina Ramos yacían en el jardín de la residencia universitaria, a pocas horas de haber sido asesinados, una de las primeras voces en hacerse presente y escucharse fue la de Mons. Arturo Rivera Damas, arzobispo de San Salvador, junto con la del provincial de la Compañía de Jesús, P. José María Tojeira.

Al ver los cuerpos destrozados de nuestros compañeros y los de Julia Elba y Celina, nuestras colaboradoras, Mons. Rivera, un gran obispo, a quien debemos reconocer sus méritos como pastor ecuánime, pronunció estas palabras que hoy, treinta años después, resuenan con más fuerza y con mayor significado: “Es el mismo odio que asesinó a Mons. Romero”. Estas palabras rompieron la ambigüedad con la que los asesinos de siempre quisieron ocultar y tergiversar la autoría de su magnicidio. Pocas horas más tarde, el P. Peter Hans Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús, quien, un año antes, en El Salvador, había viajado a El Paisnal para visitar la tumba del P. Rutilio Grande, primer jesuita mártir en el país, emitía un comunicado en Roma, que hoy, treinta años después, suena también como la voz profética de Mons. Romero y los mártires: “Cuando visité El Salvador, me di cuenta de que ellos eran conscientes de que podían ser asesinados de un momento a otro”.

2. El mártir testigo consciente de Jesús

Treinta años después del asesinato de nuestros compañeros, podríamos parafrasear a Mons. Rivera, gran arzobispo de San Salvador, sucesor de san Óscar Romero y testigo de tantos acontecimientos significativos del país: es el mismo odio que asesinó a Rutilio Grande y a tantos otros sacerdotes. Es un odio que cambia de rostro, pero, en el fondo, es el mismo: un grupo de poder, que controló el aparato estatal y muchos de los medios de comunicación, y los dirigió a su antojo para defender sus privilegios, y que consideró como enemigo a todo aquel que tenía un pensamiento crítico sobre la situación del país.

Con todo esto queremos decir que el martirio de nuestros compañeros no fue casual², no fue un accidente, ni una equivocación. Ellos eran muy conscientes de

2. En la historia y la tradición de la Iglesia, *no cualquiera es mártir, tampoco lo es por accidente*. A partir del *Martirio de Policarpo* y a lo largo de la segunda mitad del siglo II, por ejemplo, surge un claro paradigma teológico del concepto de *mártir* y *martirio*, y también de lo que no es. El mártir es discípulo y seguidor de Jesús, cuya santidad cristiana y recta confesión de la fe preceden su muerte martirial. El sacrificio de su vida acontece “según el paradigma de Cristo” o según el evangelio, tal como afirma el *Martirio de Policarpo*. Nuestros compañeros eran seguidores de Jesús antes de ser mártires. *Cfr.* J. B. Lightfoot y J. R. Harmer, *The Apostolic*

este desenlace, porque eran seguidores de Jesús, porque amaban a los pobres y porque sabían que en una sociedad asimétrica, donde se persigue y se mata a los pobres que luchan por su liberación, y donde la Iglesia defiende sus justas reivindicaciones y se solidariza con ellos, la muerte martirial es una consecuencia necesaria, que el verdadero cristiano no debe temer.

3. ¿Existen nuevas formas de martirio hoy?

El gran teólogo alemán Karl Rahner, S. J. (1983), considerado por muchos como el teólogo católico más importante del siglo XX —quien, por cierto, fue profesor de Ignacio Ellacuría, en Innsbruck (Austria)—, escribió, en una ocasión, que era necesario *ampliar* el concepto tradicional del martirio³. Según la tradición, mártir es quien muere por la fe y las costumbres cristianas, de manera libre y resignada, sin oponer resistencia activa. Para Rahner, es claro que ese concepto no se aplica a la muerte de un cristiano sufrida en la lucha activa. El gran problema a resolver estriba, según él, en precisar si la aceptación resignada de la muerte por causa de la fe y el hecho de morir luchando activamente por esa misma fe pueden englobarse en el mismo concepto de martirio.

Rahner no resuelve el problema, pero deja la inquietud y plantea la necesidad de encontrar una solución satisfactoria. Adelanta que santo Tomás ofrece un fundamento para ampliar el concepto, puesto que llama mártir a quien muere luchando por defender la república de los enemigos que intentan corromper la fe cristiana.

Comparto, pues, la necesidad de actualizar el concepto de mártir, dados los nuevos contextos mundiales y, sobre todo, ante las nuevas amenazas a la vida y los compromisos cristianos para defenderla. Me refiero específicamente a la posibilidad de que la lucha por salvaguardar la creación genere nuevas formas de persecución y de martirio, inéditas hasta ahora. En efecto, una ecología integral, como la que propone el papa Francisco, bien puede generar nuevas formas de martirio, tal como lo afirma el reciente sínodo para la Amazonía:

La participación de los seguidores de Jesús en su pasión, muerte y resurrección gloriosa, ha acompañado hasta el día de hoy la vida de la Iglesia, especialmente en los momentos y lugares en que ella, por causa del evangelio de Jesús, vive en medio de una acentuada contradicción, como sucede hoy con quienes luchan valerosamente en favor de una ecología integral en la Amazonía. Este Sínodo reconoce con admiración a quienes luchan, con gran riesgo de sus propias vidas, para defender la existencia de este territorio⁴.

Fathers. Greek Texts and English Translations of their Writings (Grand Rapids, 1992).

3. K. Rahner, “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 183 (1983), 321-324.
4. Sínodo para la Amazonía, *Documento final*, p. 16 (Ciudad del Vaticano, 2019).

Por eso, la teología actual del martirio debe incluir en el odio a la fe el odio a la creación, a la casa común, que Dios nos ha creado.

También el papa Francisco ha afirmado la necesidad de actualizar las exigencias de la fe cristiana. Hace algunos años, pidió actualizar las llamadas *obras de misericordia*, en *Misericordiae vultus*, la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. En la II Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, realizada en Roma, el 1 de septiembre de 2016⁵, propuso hacerlo de la siguiente manera:

Me permito proponer un complemento a las dos listas tradicionales de siete obras de misericordia, añadiendo a cada una el cuidado de la casa común. Como obra de misericordia espiritual, el cuidado de la casa común precisa la contemplación agradecida del mundo que nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir. Como obra de misericordia corporal, el cuidado de la casa común necesita “simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo [...] y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor”.

En este mensaje, el papa no solo afirma nuestro deber cristiano de hacernos cargo de la creación, sino que nos interpela en los siguientes términos:

Con este Mensaje, renuevo el diálogo con “toda persona que vive en este planeta” respecto a los sufrimientos que afligen a los pobres y la devastación del medio ambiente. Dios nos hizo el don de un jardín exuberante, pero lo estamos convirtiendo en una superficie contaminada de “escombros, desiertos y suciedad” (*Laudato si'*, 161). No podemos rendirnos o ser indiferentes a la pérdida de la biodiversidad y a la destrucción de los ecosistemas, a menudo provocados por nuestros comportamientos irresponsables y egoístas. “Por nuestra causa, miles de especies ya no darán gloria a Dios con su existencia ni podrán comunicarnos su propio mensaje. No tenemos derecho”.

4. ¿*Odium fidei* en una sociedad confesionalmente cristiana?

¿*Odium fidei*? En la tradición y en el magisterio de la Iglesia, hay una afirmación básica sobre el martirio y sus causas: el mártir es asesinado por *odio a la fe*. Una antigua manera de entender esto es que los asesinos no practican la fe cristiana, sino que la odian, así como también odian sus expresiones, ya sea

5. Papa Francisco, “Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación”, 1 de septiembre de 2016. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2016/documents/papa-francesco_20160901_messaggio-giornata-cura-creato.html.

porque no son creyentes, porque tienen credos diferentes al de la fe cristiana o porque son ateos.

El martirio de san Óscar Romero, Rutilio Grande y los mártires de la UCA cuestionó esta visión del martirio. En Europa y en otros lugares, nos preguntamos: ¿cómo es posible que en países de mayoría católica —cerca del 90 por ciento, a finales de la década de 1970— se asesine a sacerdotes y obispos? Una pregunta similar surgió a raíz del asesinato de nuestros compañeros. La opinión obvia y simplista era que los asesinos eran creyentes y, por tanto, no podían odiar a la fe.

Mons. Vincenzo Paglia, el postulador de la causa de Mons. Romero, dio una respuesta que es también válida para el caso de Rutilio Grande y de nuestros compañeros: los asesinos y quienes ordenaron esos crímenes odian a la fe, odian lo sagrado, odian las expresiones religiosas del pueblo, odian a la fe del pueblo, aun cuando se confiesan cristianos. Este odio se expresa en el asesinato (el *momentum*). Los mártires caminaban libre e indefensamente. Siempre estuvieron expuestos a la muerte. De hecho, por eso fueron asesinados sin mayor complicación. Con más *discreción*, podríamos decir. Los asesinos seleccionaron cuidadosamente la ocasión y actuaron con saña, pública y macabramente, para generar terror y matar la fe de un pueblo. Querían dar lecciones: aterrorizar a la gente, generar desesperanza y miedo, pero no lo lograron.

Esta es la nueva forma de odio a la fe. Incluye el odio activo y violento a las creencias, las prácticas y la cultura religiosa del pueblo; incluye la intolerancia y el irrespeto a las creencias y las prácticas populares y el rechazo a lo sagrado.

A mediano plazo, el aporte más importante de la Iglesia de El Salvador a la Iglesia universal son, probablemente, sus mártires. Entre ellos, cabe destacar la ofrenda viva de san Óscar Romero, obispo y mártir de la Iglesia universal, a quien Dios me dio el privilegio y la gracia de conocer personalmente. La vida de esos mártires ilumina nuestro peregrinar hacia el Padre y nos señala cuál es el camino verdadero: entregar la vida a quienes amamos y también a quienes nos odian, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo.

Sabemos que el concepto canónico de mártir como tal es creación de la tradición de la Iglesia y se aplica a una forma de morir violentamente muy precisa, por causa de la fe y las costumbres cristianas, de manera libre y consciente, y en seguimiento de Jesús, o por “ser discípulo e imitador de Jesús”; según el texto conocido como el *Martirio de Policarpo*⁶.

Sin contradecir el concepto canónico de mártir, el martirio adquiere hoy formas diferentes a las del pasado. Una de ellas, tal como ya lo he expresado, es el modo nuevo de manifestarse el odio a la fe. Pero no solo eso. Nuestros mártires

6. J. B. Lightfoot y J. R. Harmer, *The Apostolic Fathers*, o. c.

son seres humanos insertos en una realidad social marcada por la pobreza y, por eso, cercanos a los pobres. Trabajaban, enseñaban en la universidad, pastoreaban comunidades rurales los fines de semana, jugaban frontón, iban a la playa, se enfadaban con sus superiores y con el provincial. No eran seres extraños a la realidad social. Pero eran compañeros que habían decidido seguir a Jesús y se mantuvieron fieles a su llamado, en medio de muchos vaivenes. No había en ellos fuga del mundo (*fuga mundi*), tal como proponía una de las corrientes espirituales más tradicionales. No eran los más comprometidos con los pobres, pero su compromiso tampoco era menor.

En consecuencia, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el mártir no es una especie de *vanguardia de la Iglesia*. Esa es una imagen idílica y falsa del martirio. No eran seres angelicales. Vivían una obediencia conflictiva con el superior religioso y con la Iglesia. Pedro Casaldáliga la llama *rebelde fidelidad*. En esto reside la grandeza del martirio. Dios nos llama desde lo que somos, no desde el vacío personal y social.

Nuestros compañeros eran seres humanos, con todas sus implicaciones. Y en esa condición fueron llamados a dar testimonio del amor mayor: dar la vida. Tal como dice Jon Sobrino: no solo dar vida, sino también dar la propia vida. No se trata de dar vida y de dar la propia vida para buscar el martirio, sino de dar vida y, si el Señor concede el don, dar la propia vida. La búsqueda del martirio no es aceptable, tal como lo afirman tantos documentos de los padres apostólicos⁷. Desde esta clave, debemos leer la afirmación de Jesús, en el evangelio de Juan: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida [*el alma*, literalmente] por sus amigos” (Jn 15,13). Jesús no llama a buscar el martirio, sino a cultivar la vida. Y es en ese querer dar vida donde puede ocurrir la muerte martirial. Esto es lo que sucedió con nuestros compañeros. No buscaron el martirio, sino la vida para el pueblo pobre, y esa búsqueda de la vida les trajo la muerte martirial.

Debemos insistir más aún en que nuestros compañeros mártires eran seres humanos, pecadores, como nosotros, y en esto, justamente, reside la grandeza de Dios, que los llamó para ser sus testigos. No porque fueran grandes, ni por sus méritos, sino por la grandeza de Dios. Hace poco, el papa Francisco subrayó la realidad humana del mártir: “Hoy hay más mártires que al principio de la vida de la Iglesia y los mártires están por doquier. La Iglesia de hoy es rica en mártires, está irrigada por su sangre, que es ‘semilla de nuevos cristianos’” (tomado de

7. En las actas del martirio de san Policarpo y san Cipriano se cuenta, por ejemplo, que los dos se escondieron para huir de la persecución. Trataron de evitar así la muerte, pero el Señor permitió que los encontraran. Por eso, hoy los recordamos y veneramos. De lo contrario, probablemente no formarían parte de nuestra memoria y veneración. *Cfr. ibidem*.

Tertuliano, *Apología*, 50, 13)⁸. Y concluyó: “Los mártires no son *santitos*, sino hombres y mujeres de carne y hueso... Ellos son los verdaderos vencedores”⁹.

Podemos afirmar, por tanto, que aun cuando las razones objetivas del martirio varíen históricamente, no puede faltar una causa interna a la fe: la amenaza contra ella y las costumbres cristianas es esencial e invariable. No se trata, pues, de aspectos periféricos. No puede haber mártir ni martirio sin conciencia y libertad plenas. De lo contrario, se trata de una víctima, pero no de un mártir. A propósito, según los textos estudiados, este no es una víctima, sino alguien que enfrenta la muerte y la vence, porque está convencido de que después de ella acontece su encuentro inmediato con Dios, mientras que los demás deben aguardar al juicio final. Esta teología del martirio se encuentra también, en parte, en el islam. No vamos a profundizar en ello, porque nos llevaría demasiado lejos.

Una buena síntesis de lo que quiero decir se encuentra en lo que Sobrino escribió sobre el martirio hace algunos años:

Mártir es no solo ni principalmente el que muere por Cristo, sino el que muere como Jesús; mártir es no solo ni principalmente el que muere por causa de Cristo, sino el que muere por la causa de Jesús. Martirio es, pues, [la] reproducción fiel de la muerte de Jesús. Digamos también que la cruz de Jesús remite a las cruces existentes, pero que éstas, a su vez, remiten a la de Jesús¹⁰.

5. El mártir no es un héroe, ni un revolucionario, ni una simple víctima del sistema

Al recoger en perspectiva el legado de nuestros mártires, hemos enfatizado que ofrendaron su vida por amor al Señor y a su pueblo. “Por la fe de los mártires, que mueren por la verdad y que viven con la verdad”, dijo san Agustín¹¹. Vivieron y murieron por la fe. En ese sentido, es incorrecto considerarlos simples víctimas del sistema o revolucionarios. No ofrendaron su vida por un proyecto histórico y finito, sino por el reino de Dios, un proyecto escatológico o definitivo, anunciado por Jesús en el evangelio. Además, siempre ofrecieron el perdón a sus victimarios.

Este carácter de la muerte martirial, observable a lo largo de la historia de la Iglesia y también en la actualidad, hizo que muy pronto el martirio fuera considerado como “un atajo para llegar a Dios”, tal como dice san Cipriano de Cartago, obispo y mártir.

8. Tertuliano, *Apología*, 50,13.

9. Audiencia general, 25 de septiembre de 2019.

10. J. Sobrino, *Jesucristo liberador*, p. 444 (San Salvador, 1991).

11. San Agustín, *La ciudad de Dios*, IV, 30.

Por eso, la Iglesia valora y reconoce su sacrificio martirial. Avanzamos la actualización de nuestra reflexión teológica sobre el martirio con la riqueza heredada de nuestros mártires. En gran medida, el ser de la Iglesia se funda en el martirio. Por tanto, no podemos renunciar jamás a reivindicarlos, a valorarlos y a seguir su ejemplo. Más aún, debemos continuar la construcción de una teología y una espiritualidad del martirio.

Esto no implica desconocer la existencia de personas que, en otras actividades sociales, han ofrendado su vida por una causa noble, y a quienes se llama también, en un sentido popular, *mártires*. En El Salvador existe abundancia evidencia de ello. Sin embargo, la Iglesia, a diferencia de otras instituciones o fuerzas sociales, reivindica, venera y guarda memoria de sus mártires, y no da ese título a cualquiera que haya dado su vida por una causa justa¹². En otras palabras, para la Iglesia, *mártir* no es simplemente quien da su vida por una causa justa o muere en una lucha.

Jamás olvida a sus mártires y nunca los usa como instrumento político, ni para legitimar lo ilegítimo, ni para descalificar a sus enemigos o adversarios. En la Iglesia, el martirio es un espacio para el perdón y la misericordia de Dios.

De ahí que sea legítimo el esfuerzo de algunos pensadores marxistas para reivindicar a los caídos en la lucha por una causa revolucionaria y para construir, a partir de ellos, una especie de *filosofía del martirio*. Sin embargo, ese esfuerzo fue abandonado hace ya mucho tiempo. Ernst Bloch rechaza la identificación del martirio por la causa revolucionaria con el martirio cristiano.

Confesando hasta la muerte la causa por la cual ha vivido, [el revolucionario] avanza claramente, fríamente, hacia la nada, en la que ha aprendido a creer en cuanto espíritu libre. Por eso, su sacrificio es diverso del de los antiguos mártires: estos morían, sin excepción, con una oración en los labios, creyendo así haber ganado el cielo. En cambio, el héroe comunista, bajo los zares, bajo Hitler o bajo cualquier otro régimen, se sacrifica sin esperanza de resurrección¹³.

En la actualidad, el pensamiento marxista ha renunciado a esta clase de construcciones teóricas. En cambio, en la Iglesia no podemos hacer lo mismo con nuestros mártires. Abandonarlos sería traicionar aspectos fundamentales y fundacionales de nuestra fe.

12. De hecho, muy probablemente, nuestra voz *mártir* se deriva de una raíz indo-europea, *smr*, que significa *memoria* o *recuerdo*.

13. E. Bloch, *Principio esperanza* (Madrid, 2007).

Conclusión: el mártir como maestro, la *paideia* del martirio

Para finalizar, resumamos el legado del martirio de nuestros compañeros, en el trigésimo aniversario de su asesinato. El concepto de *mártir*, en el sentido de muerte por una convicción religiosa, es una creación eclesial del cristianismo primitivo. Orígenes de Alejandría lo define como testimonio mediante la efusión de sangre. Si bien el paradigma del martirio es creado entonces, es también una realidad actual en la Iglesia de hoy.

En nuestra sociedad postmoderna, el testimonio de nuestros mártires puede ayudarnos a superar la crisis moral, que todos percibimos y vivimos, la pérdida del carácter deóntico de la acción y la ausencia de compulsión moral, tal como señala Zygmunt Bauman¹⁴, y también puede ayudarnos a dotar de alma a nuestra sociedad.

A lo largo de la historia de la Iglesia, los mártires siempre han sido considerados maestros, que enseñan el valor de la vida, de la dignidad humana y del servicio a una causa y a los demás. La vida de los mártires está marcada por la ética y el servicio a los demás.

Por eso, el mártir es considerado un modelo ejemplar. No solo por su muerte, sino por la totalidad de su vida, una vida aparentemente normal y ordinaria, pero releída a la luz del sacrificio final. La relectura de la vida del mártir a la luz de la fe, nos conduce a reconocer en ella la mano misteriosa de nuestro Señor, el *Deus absconditus*, que se hace epifanía en el martirio. Por todo eso, el mártir es respetado, venerado y amado. La confesión del credo, “creo en la comunión de los santos”, remite a la santidad de los mártires. Ellos viven en la memoria agradecida de la Iglesia. Están vivos en la presencia de Dios y, por eso, podemos dialogar con ellos. Ellos interceden ante Dios por nosotros y nosotros les podemos rezar.

El lema del aniversario de este año, “Los mártires de la UCA llenan de luz la historia”, me lleva a afirmar, junto con el libro de la Sabiduría de Salomón, que los justos vivirán junto a Dios. “*Cuando venga Dios a visitarnos, serán luz, semejantes a la centella que corre por entre la maleza*” (Sab 3,7). Todo eso me indica cómo la verdad, el servicio, la justicia y el sacrificio iluminan la vida y la historia humana. Más desde abajo, desde la maleza, que desde los grandes anuncios, desde arriba.

El mártir enseña a la sociedad el valor inalienable de la vida y la dignidad humana y lo enseña con su vida. Es así como surge la veneración y el respeto a quien da su vida por amor a Cristo y al prójimo. Nuestros mártires se convirtieron en modelo de vida cristiana, un modelo que luego fue retomado por la vida de los santos y los mártires, y que debía ser fuente de inspiración para una vida

14. Z. Bauman, *Ética posmoderna*, p. 112 (México D. F., 2005).

radical y solidaria. En este sentido, el mártir educa y es un educador: inspira una vida radical y solidaria. Eso son san Óscar Romero, Rutilio Grande y los jesuitas mártires de la UCA. Todos ellos nos enseñan cómo vivir una vida cristiana y solidaria, al servicio de los demás y de nuestro Señor, en contradicción con la mediocridad consumista a la cual estamos ya habituados.

El martirio y el mártir, en este sentido, forman parte del mensaje de la nueva evangelización que debemos impulsar. ¿Es posible recuperar hoy el valor educativo del martirio? Este es el desafío para la UCA y para la Iglesia en El Salvador, a los 30 años del asesinato de nuestros compañeros, maestros y amigos.

San Salvador, 16 de noviembre de 2019.